

EL FACTOR HUMANO

Maravilla del mundo

ESTE título no me pertenece. Reproduce el que Fray Luis de Granada usa en Introducción al símbolo de la Fé (1583) para calificar la gracia y hermosura de nuestro planeta, de su biósfera y de su geósfera, y aún de esa porción de antropósfera donde el trabajo del hombre concede esplendor y orden a sus obras, realizando así la plenitud cósmica de la naturaleza.

“Primeramente miremos la tierra, sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma, colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses...” Esta Tierra, centro del Universo-Mundo, según la concepción geocéntrica grata al cristianismo medieval, tributario de Aristóteles, exhibe la múltiple belleza de “las fuentes perenales de las aguas frías, los licores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos”.

Debe añadirse a tanta visible armonía los escondidos veneros de los metales preciosos y el semoviente espectáculo de la vida vegetal, animal y humana: “Y demás desto ¡cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras, cuántos vuelos y cantos de aves, cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestrés! Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos y las islas y las riberas resplandecen, repartidas en casas y ciudades?”.

Cuando se leen tales palabras, propias de una antepasada juventud del mundo, no podemos menos que evocar la contemporánea relación entre los países pobres y los países ricos, entre las tecnologías de punta y las tecnologías arcaizantes cuyo choque ha convertido la primigenia pulcritud del mundo en lo contrario, es decir, lo inmundo. Esta inmundicia proviene del saqueo de la fauna y de la flora, del imperio de las megalópolis, de la miseria del hombre condenado por el hombre a ser productor y devorador de basuras, convirtiendo así a pueblos enteros en resaca desnutrida y maloliente,

Nuestro modo de producción, basado en el expolio de los recursos y la carrera hacia un consumo cada vez mayor de bienes y servicios, ha pervertido la armonía entre los hombres, y una sociedad mundial enferma de tal modo ha enfermado a la naturaleza, ha terminado con el mito del cuerno de la abundancia. Siglos atrás, Torcuato Tasso advertía que el mundo envejecía, y que al envejecer se volvía más y más triste (“Il mondo invecchia/ e i n v e c c h i a n d o intristisce”). ¿Será posible que recobre algún día su carnadura juvenil, sus ecosistemas frágiles y prodigiosos, su antigua salud hoy resentida mortalmente ante la agresión de los venenos químicos y la física violencia de una economía puesta al servicio de las transnacionales, ciegas y sordas a la preservación de una naturaleza enferma y esquilmada? Arthur Young nos dio esperanzas cuando dijo que “the world’s a prophecy of worlds to come”. ¿Es este mundo una profecía de los mundos que vendrán? ¿O seguiremos perfeccionando nuestra autodestrucción, a la vez agentes y pacientes de un apocalipsis generado por el genocidio y el ecocidio que hemos puesto en marcha?

Daniel Vidart